

— Y sin embargo, vos, hermano mío, vos no podéis amar, dijo Colombán.

El joven monje sonrió tristemente.

— No, dijo, no puedo amar con vuestro amor terrestre y carnal, porque Dios me ha elegido para sí; pero al arrancarme á los amores individuales, me ha dado otro amor harto poderoso; el amor á todos. ¡ Vos amáis una mujer con ardor, amigo mío; yo amo la humanidad con pasión! Para que vos os sintáis enamorado, es preciso que el objeto de vuestra pasión sea joven, rico, y os corresponda; yo, al contrario, amo más á los pobres, los enfermos, los desgraciados; y si no tengo bastante fuerza y virtud para amar á los que me odian, al menos les compadezco... ¡ Oh!! os engañáis, Colombán, os equivocáis al decir que me está prohibido amar: al contrario, el Dios á que me he entregado, es el origen de todo amor, y hay momentos en que, como Santa Teresa, estoy dispuesto á lamentar la suerte de Satanás, porque es la única criatura á quien no está permitido amarle!

Continuó mucho tiempo la conversación, girando sobre el fértil terreno en que fray Domingo acababa de colocarla; se pasó revista á todas las conquistas que el hombre debía á las nobles pasiones del corazón; y Colombán pensativo comenzó á sospechar que el monje acababa de levantar en aquel momento de ante sus ojos una punta del velo de la vida; bajo aquella palabra fecundizadora como las anchas gotas de una lluvia de verano, sintióse mejor y más digno de ser amado. La idea de que la joven tal vez no participase de su amor, siquiera se presentó á su imaginación; bajo aquel aire de verdad, sintió funcionar sus pulmones con más libertad; y desapareció el bretón serio y pensativo, presentándose al monje como un joven entusiasta y apas-

sionado: se le hubiera tomado por un poeta ó por un pintor; por un poeta, porque tanto abundaban sus expresiones en imágenes de la gran poesía universal; por un pintor, porque pintaba más bien que refería su pasión con los vivos colores que le suministraba su corazón inflamado.

Y sin duda hubiesen pasado el día reunidos oprimiendo los pechos de la fecunda Isis que se llama amor, si el nombre de Colombán dos veces repetido por una voz fresca no hubiera resonado en la escalera.

— ¡ Oh! exclamó Colombán, ¡ es la voz de Camilo!

El cariñoso bretón no había oído aquella voz desde hacía tres años, y sin embargo la había reconocido.

— ¡ Colombán! ¡ Colombán! repetía la alegre voz.

Abrió Colombán la puerta, y recibió á Camilo en sus brazos.

Jamás ciego alguno, tomándola por un amigo, abrazó más fraternal y más estrechamente á la desgracia.

CAPÍTULO V.

CAMILO.

Á la vista de Camilo, á quien no conocía, retiróse fray Domingo discretamente, á pesar de las vivas instancias de Colombán para que se quedase.

Siguióle Camilo con la vista hasta que se cerró la puerta tras de él.

— ¡ Oh! ¡ oh! dijo con una gravedad cómica, un romano de tendria por advertido.

— ¡Cómo es eso?

— ¿Has olvidado el proverbio antiguo que dice: « Cuando tropieces con una piedra al salir de tu casa, ó veas volar un cuervo á la izquierda, vuélvete dentro? »

Una nube de tristeza rápida y casi dolorosa pasó por el rostro de Colombán, tan abierto, tan franco, tan alegre.

— Siempre eres el mismo, mi pobre Camilo, dijo; y tu primera palabra es un desencantamiento para el amigo que te aguarda tres años hace.

— ¿Y por qué?

— Porque ese cuervo, como tú le llamas...

— Tienes razón: debería llamarle urraca: es mitad blanco y mitad negro.

Pareció que un segundo golpe había herido á Colombán en el corazón.

— Porque ese cuervo, ó esa urraca como tú le llamas, es uno de los hombre mejores, una de las inteligencias más elevadas, uno de los corazones más rectos que yo conozco. Tú mismo, cuando le conozcas, sentirás haberle confundido un instante con esos sacerdotes que combaten contra Dios en vez de combatir por él, y te arrepentirás de haberle saludado con ese apodo infantil.

— ¡Oh! ¡oh! ¡siempre grave y sentencioso como un misionero, mi querido Colombán! dijo riendo Camilo. ¡Pues bien! ¡sea! he hecho mal; sabes que es mi costumbre; te pido perdón por haber calumniado á tu amigo; porque ese bello monje es tu amigo, ¿no es verdad? añadió el americano con un tono menos caballeresco.

— Y un amigo sincero, sí, Camilo, dijo gravemente el bretón.

— Lamento mi apodo ó mi epíteto, como tú quieras; pero comprendes que habiéndote dejado en el colegio bas-

tante poco devoto, no he podido menos de admirarme un poco al encontrarte conferenciando con un monje.

— Cesará tu admiración cuando conozcas á fray Domingo. Pero, dijo Colombán cambiando de tono y de aspecto, dando á su voz su acariciadora dulzura y á su fisonomía su aspecto amistoso, no se trata de fray Domingo, sino de fray Camilo; el uno es mi hermano según Dios, y el otro lo es según los hombres. ¡Al fin estás aquí! ¡Ábrázame otra vez! No puedo decirte la alegría que me ha causado tu carta, y la que me causa, y sobre todo me causará tu presencia, porque vamos á vivir juntos como en el colegio, ¿no es verdad?

— ¡Mucho más que en el colegio! dijo Camilo casi tan alegre como su amigo. En el colegio nuestra vida en común tenía trabas por todos lados; aquí, al contrario, no tenemos ni camaradas rabiosos, ni celadores á quien temer, y podremos pasar nuestros días dedicados á correr, á la música, á los espectáculos, y las noches conversando; cosa que nos estaba muy severamente prohibida en el colegio.

— ¡Sí; replicó Colombán, me acuerdo de las conversaciones del dormitorio, buenas y queridas conversaciones!

— Sobre todo las de las noches del domingo al lunes, ¿no es verdad?

— Sí, dijo Colombán con una sonrisa de reminiscencia, mitad triste y mitad alegre.

Si, las del domingo al lunes sobre todo. Yo salía poco; no tenía parientes en París: así es que todo el día estaba confinado en el patio del colegio con mis pensamientos (me equivoco) con mis sueños. Y tú, corretón, tú este día te despertabas desde la mañana como la alondra, y volabas, cantando alegremente como ella; ¡y Dios sabe sobre

qué encantadores nidos ibas á posarte! Siempre te veía marchar sin envidia, pero con pesar, y sin embargo volvías á la noche cargado con el botín del día, que compartías conmigo y teníamos para toda la noche, tú narrando, y yo escuchando tus frívolas alegrías.

— Volveremos á comenzar esa vida, Colombán; y está tranquilo, que aunque seas un sabio, y yo un necio, pasaré aun más de una noche refiriéndote las aventuras del día; porque he vivido allá como un verdadero Robinsón, y espero emprender de nuevo la vida de Paris en el punto en que la he dejado.

— No te han cambiado los años, dijo afectuosa pero cuidadosamente el grave bretón.

— No, y sobre todo, me han dejado mi buen apetito. Dime, ¿ dónde se come aquí cuando se tiene hambre?

— Se comería en el comedor si hubiera estado prevenido.

— ¿ Pues no has recibido mi carta?

— Sí tal; pero sólo hace una hora.

— ¡ Ah! ¡ es verdad! dijo Camilo; en efecto, salió en el mismo buque que yo: llegó al Havre cuando yo. No traía pues más delantera sobre mí que lo que adelanta el correo á la diligencia desde el Havre aquí. Pero esto es una razón más para preguntarte dónde se come aquí.

— Querido, dijo Colombán, no me desagrada que te hayas comparado á Robinsón Crusoe, porque esto me prueba que estás acostumbrado á las privaciones.

— ¡ Me haces estremecer, Colombán; nada de bromas de ese género; yo no soy un héroe de novela; yo como! Por tercera vez, ¿ dónde se come aquí?

— Aquí, amigo mío, se ajusta uno con su portera ó con una buena mujer de la vecindad, que dé de comer por un tanto.

— Sí; pero ¿ y en los casos extraordinarios?

— En casa de Flicoteaux.

— ¡ Oh! ¡ el bravo Flicoteaux, plaza de la Sorbona! ¿ Existe pues siempre Flicoteaux? ¿ No ha comido aún todos los bifecks?

Y Camilo principió á gritar:

— ¡ Flicoteaux? un bifeck con muchas patatas.

En seguida cogió su sombrero.

— ¿ Dónde vas? preguntó Colombán.

— ¡ No voy, que corro! corro á casa de Flicoteaux.

¿ Corres conmigo?

— No.

— ¿ Cómo no?

— ¿ Pues qué, no necesito comprarte un lecho para dormir, una mesa para trabajar, y un canapé para fumar?

— ¡ Ah! ¡ á propósito de fumar, tengo famosos cigarros de la Habana!... es decir, los tengo si la aduana quiere dárme los. ¡ Hé aquí unas gentes que deben fumar hermosos puros, los señores aduaneros!

— Lamento tu desgracia; pero como cristiano, no como egoísta, porque yo no fumo.

— Tú estás lleno de vicios, mi querido amigo, y no sé dónde encontrarás una mujer que te ame.

Ruborizóse Colombán.

— ¿ La has encontrado ya? dijo Camilo. ¡ Bueno!

Después, tendiéndole la mano:

— ¡ Querido amigo, recibe mi más completa en horabuena! Esto no se encontrará en el cuartel como la comida, ¿ no es verdad? Luego que me haya desayunado puedes estar seguro de que me pongo á buscar... Á propósito, siento no haberte traído una negrita... ¡ Oh! ¡ no hagas ascos, porque las hay soberbias! pero los aduaneros me la hu-

bieran cogido; ¡género extranjero confiscado! ¿Vienes?

— ¡Pero si te he dicho que no!

— ¡Ah! es verdad que me habías dicho que no. Pero ¿por qué me habías dicho que no?

— ¡Cabeza vacía!

— ¿Vacía? ¿Pues no opinas tú como mi padre, que pretende que tengo una olla de grillos en el cerebro? Pero ¿por qué habías dicho que no?

— Porque es preciso amueblar tu habitación.

— Es muy justo. Corre pues á amueblar mi habitación; yo corro á amueblar mi estómago. ¿Estaremos aquí los dos dentro de una hora?

— Sí.

— ¿Quieres dinero?

— Gracias: tengo.

— Corriente: cuando tú ya no tengas tomarás del mío.

— ¿Y dónde está? dijo Colombán riendo.

— En mi bolsa, si lo hay todavía, querido. Soy riquísimo: Rothschild no es mi tío, Lafitte no es mi padrino. ¡Tengo seis mil libras al año, quinientas al mes, diez y seis francos trece sueldos y céntimo y medio al día! ¿Quieres comprar las Tullerías, Saint-Cloud ó Rambouillet? Tengo tres meses adelantados en esta bolsa.

Y Camilo sacó de su bolsillo una bolsa, á través de cuyas mallas se podía ver centellear el oro.

— Hablaremos de eso más tarde, dijo Colombán.

— Volved aquí dentro de una hora.

— Dentro de una hora: está dicho.

— Entonces... ¡*Ve á morir por tu príncipe y yo por mi país!* dijo Camilo.

Y se lanzó por la escalera abajo, no con intención de ir á morir por su príncipe, como decía poéticamente el verso

de Casimiro Delavigne, sino para ir á almorzar á casa de Flicoteaux.

Colombán bajó con paso más tranquilo y más en armonía con su carácter.

Como veis, queridos lectores, la ligereza burlona con que trataba Camilo las cosas más importantes, se había manifestado desde su entrada en casa de Colombán, en la primera palabra que había pronunciado á propósito de fray Domingo.

Acúsase á los franceses de indolentes, ligeros y burlones.

Aquí era el francés quien tenía toda la gravedad británica, y el americano quien tenía toda la ligereza francesa.

Si no hubiera sido su edad, su figura, su distinción, su traje elegante, se hubiera tomado á Camilo por un pilluelo de París; tenía el talento, vivacidad, la risa franca y la elocuencia de tal.

Si se pretendía sujetarle en un rincón de la habitación, aprisionarle en el marco de una ventana, amurallarle entre dos puertas, y allí hablar con él en razón é intentar hacer que entrase en su cerebro una idea seria, la primera mosca le arrastraba en pos de sí, y estaba en la conversación, ni más ni menos que uno que pasa por la calle.

Por lo demás, ofrecía la ventaja de que no había necesidad de conversar mucho tiempo con él para conocer su carácter; al cabo de cinco minutos de conversación, á menos de tener una criba en el talento (como al decir del padre de Rozán, su hijo tenía una olla de grillos en el cerebro), se le poseía á fondo.

Su rostro, su palabra, su andar, toda su persona decía lo que era.

Por otra parte, era un caballero encantador, tal cual Colombán lo había anunciado á Carmelita.

Tenia por lo pronto una cabeza graciosa sobre un cuerpo esbelto y delicado, sin ser flaco ni alto, de una complexión delicada en apariencia, porque era ligero y gracioso.

Sus ojos eran rasgados, vivos, y de un negro que tiraba á castaño, verdaderos ojos de criollo, velados con largas cejas de seis lineas.

Su cabellera, del más hermoso negro, rodeaba como un marco de ébano de azulados reflejos su rostro fino y ligeramente moreno.

La nariz era recta, bien proporcionada, unida á la frente como la de una estatua griega.

La boca era pequeña, bella, fresca, con labios un poco vueltos hacia fuera, labios cuyo beso está siempre pronto á escaparse.

En fin, en todo su exterior, en su porte, en sus maneras, en su apostura misma, aun cuando este pájaro encantador de los trópicos, aunque esta magnífica mariposa del Ecuador llevase tal vez corbatas demasiado chillonas, chalecos demasiado matizados y llenos de colorines, todo, hasta la misma apostura, tenía tal aire de distinción, que los marqueses más antiguos le hubieran tomado por un hidalgo de rancia estirpe.

Su belleza caprichosa, coqueta, sonrosada, contrastaba singularmente con la belleza grave, severa, y estoy por decir casi granítica de Colombán.

Él uno tenía la fuerza y la belleza de Hércules antiguo, el otro tenía la molicie, la gracia juvenil, la mordidez de Cástor, de Antínoo y hasta la de Hermafrodita.

Cualquiera que los hubiera visto abrazados no hubiera comprendido en virtud de qué ocultas simpatías, de qué misteriosas afinidades se atraían uno á los brazos del otro, por qué se abrazaban así aquel hombre fuerte y aquel débil

jovencillo : no eran hermanos, porque la naturaleza tiene horror á las desemejanzas : eran pues dos amigos.

¿ Pero en virtud de qué lazos desconocidos se unían entre sí aquellos dos corazones ?

Ya lo hemos dicho en el capítulo precedente : la protección que Colombán había dispensado poco á poco al joven, se había convertido insensiblemente en una amistad profunda : Colombán enterraba en su corazón las riquezas de afecto que en el colegio había reunido para Camilo Rozán, en vez de esparcirlas entre unos y otros.

Recibióle pues según se ha visto como un hermano recibe á su hermano muy amado ; y lo que prueba el poder de su amistad es que olvidó durante todo el día la nueva afección que fray Domingo acababa de revelarles.

Hizo del pequeño salón en que recibía á los raros camaradas de colegio que venían á visitarle, el dormitorio de Camilo.

Como Colombán dormía en la alcoba de la pieza vecina, sólo estaban separados por un tabique, pero tan delgado, que desde una habitación se oía cuanto se decía y se hacía en la otra.

Colombán había visitado lo primero los tapiceros del arrabal de Santiago ; pero allí, como debía presumirse, no había encontrado más que muebles de nogal, y Colombán que dormía en un catrecito pintado, había comprendido que su aristocrático amigo no aceptaría muebles que no fuesen de caoba.

Había pues bajado poco á poco la calle de Santiago, atravesando los dos brazos del Sena, y había llegado á la calle de Clery.

Allí había encontrado lo que necesitaba : catre de caoba, pupitre de caoba, sofá y seis sillas de ídem.

Todo le había costado quinientos francos.

Como este era justamente el doble de la cantidad que él poseía, se había visto obligado á tomar prestado lo que le faltaba.

En cuanto al arreglo de cama, había tomado los dos colchones, el almohadón y la colcha de su lecho, reservándose el colchoncillo, las sábanas, la almohada y su capa de invierno.

Colombán volvió desesperado porque había tardado dos horas más de lo que había dicho. Debía hacer dos horas que Camilo le esperase.

Felizmente Camilo no había vuelto.

¡ Oh ! ¡ tanto mejor ! dijo Colombán. Mi querido Camilo encontrará su habitación dispuesta.

Colombán aguardó á Camilo todo el día.

Camilo no volvió hasta las once de la noche.

Colombán, radiante y satisfecho, introdujole en su habitación sonriendo de antemano pensando en lo que iba á decir su querido Camilo.

— ¡ Uf ! dijo este lanzando una carcajada, ¿ muebles de caoba ? Querido mío, en nuestra casa los negros solamente tienen muebles de esta clase.

Por tercera vez se sintió Colombán herido en el corazón.

— Pero no importa, querido Colombán, repuso Camilo, has hecho lo que has creído mejor. Abrazame, y recibe la expresión de mi agradecimiento.

Y abrazó á Colombán sin figurarse el mal que le había hecho con su apóstrofe, ni del bien que iba á hacerle con su beso.

CAPÍTULO VI.

IIISTORIA DE LA PRINCESA DE VANVES.

Pasáronse los primeros días en recordar lo pasado y en referir las diferentes aventuras en que Camilo había sido la víctima ó el héroe.

Todas las alegrías de aquella naturaleza rica y abundante, egoísta en medio de su abundancia, procedían de la satisfacción, así como todas sus tristezas procedían de la ausencia de un placer.

Había viajado mucho : había visto la Grecia, la Italia, el Oriente, la América ; su conversación pues debía estar llena de interés para el espíritu curioso y ávido de conocerlo todo de Colombán.

Pero Camilo no había viajado como sabio, ni como artista, ni aun como viajero.

Había viajado como pájaro, y cada viento nuevo había llevado de sus alas hasta el polvo del país que dejaba.

Una cosa sin embargo le había chocado durante sus viajes.

Esta cosa que le había llamado la atención no era ni los monumentos, ni las situaciones, ni las costumbres, ni los hombres, ni las bellezas del arte, ni las de la naturaleza ; no : lo que le había chocado, conmovido, deslumbrado, eran las múltiples bellezas de las mujeres en los diversos climas.

Camilo era hombre más bien de sensaciones que de im-

presiones; sus felicidades se esparcían por su cuerpo, pero no pasaban de la epidermis: tomaba la alegría, la felicidad, la voluptuosidad, el amor, como se toma un baño, permaneciendo sumergido en él más ó menos tiempo á medida que el baño le era más ó menos agradable.

De aquí resultaba que Camilo hubiera dado todos los grandes bosques, todas las selvas vírgenes, todos los lagos, todas las praderas, la Grecia con sus ruinas, Jerusalén con sus recuerdos, el Nilo con sus mil ciudades, por el beso de la primera joven hermosa que hubiera tropezado en su camino.

En vano Colombán, con una pertinacia que probaba su ingenuidad, intentaba hacerle hablar de una manera pintoresca ó interesante de los diferentes lugares que había recorrido; estaba mudo; y no porque le faltase la forma para expresar sus impresiones; al contrario, la forma era precisa y poética al mismo tiempo; sino que cuando su amigo le llamaba á las orillas del Ohio, ó á la gran mezquita del Cairo, le venía á la imaginación el recuerdo de una joven india de tez colorada, ó el de una bella griega de ojos negros, y... adiós relato serio; se marchaba á través de los campos.

Un día que hablaba con Colombán de la Grecia, ese país clásico que más que ningún otro despertaba el entusiasmo del joven bretón, éste, después de haber intentado en vano hacerle que describiese todas las islas pintorescas que había visitado: Delos, Zea, Pafos, Citeres, Paros, Ítaca, Lesbos, Amatonte, todos esos canastillos de flores del archipiélago Jonio, cuyos solos nombres hacen que el corazón se remonte á todas las juveniles humanidades de esa poesía antigua en que el espíritu se empapa á los quince años; después de haberle dejado referir sus amores con to-

dos sus detalles con una joven de los Dardanelos, bajo los rosales de Abydos; un día, decimos, Colombán le suplicó que le hablase seriamente de Atenas, y que le dijese qué impresión había sentido al entrar en aquella gran ciudad, á donde habían viajado juntos á través del archipiélago, desde los bancos del colegio.

— ¡ Ah! ¿quieres que te hable de Atenas? preguntó Camilo.

— Si, quiero que me digas lo que acerca de Atenas piensas.

— ¿ Lo que pienso de Atenas?... ¡ Diab! nada tengo que decirte en cuanto á eso.

— ¿ Conque nada tienes que decirme?

— No... ¡ Cáspera! tú conoces á Montmartre, ¿ no es verdad? Pues bien: está sobre una altura como Montmartre; sólo que esa altura domina el Pireo.

Camilo, su talento, su temperamento, su carácter, estaban completamente manifiestos en esta apreciación de Atenas.

Trataba de las cosas más serias de la vida con la misma indiferencia, con la misma ligereza.

Y sin embargo llegará ocasión en que se vea qué tesoros de recuerdos encontraba á veces en su memoria el olvidadizo criollo.

Una mañana, Colombán (es decir, el autor que en la comedia de la existencia de Camilo desempeñaba el papel de razonador; el Aristo, el Filinto, el Cleanto de este otro Damis, de este nuevo Valerio), Colombán le dijo:

— Escucha, Camilo, tú no puedes permanecer así sin hacer nada. Entrégate al placer cuanto quieras, si tu salud no se resiente de ello; esto es cosa tuya; pero el placer no es el objeto de la vida, amigo mío; el verdadero objeto, es el trabajo: es preciso pues que pienses en hacer algo. Por

otra parte, cualquiera ocupación te hará el placer más dulce; y además tu fortuna no es tan grande que no pueda parecerte insuficiente un día, si te casas y tienes mujer é hijos. Si desde el principio de tu vida te acostumbras á la ociosidad, después ya no podrás corregirte; en ninguna parte te recibirán; porque tus días de reposo serán las horas de trabajo de los demás. Si tuvieses poco talento, imaginación limitada, te dejaría obrar á tu gusto; pero todo lo contrario, tienes disposiciones magníficas, facultades maravillosas... ¿Qué puedes hacer?; Ah!; Dios mío! lo ignoro como tú. Hablaremos de ello cuando quieras; pero en verdad yo te reconozco una inteligencia propia para todos los trabajos, tanto para las obras de arte como para las de ciencia; puedes ser un buen abogado, un buen médico, un gran compositor: tienes la vocación de la música; yo he guardado muchas de las melodías que hiciste en el colegio, y en los cinco años que han pasado he encontrado en estas melodías motiyos de una frescura y de una originalidad admirables!; Elige pues una profesión por Dios! Estudia jurisprudencia ó medicina: hazte un sabio ó un artista, ¡pero hazte una cosa cualquiera! No sé cómo dirigirte; ignoro tus gustos al cabo de tanto tiempo como hace que me has dejado; pero créeme, mi querido Camilo, más vale dedicarse á un trabajo cualquiera aun cuando no sea de nuestro agrado, que no hacer nada.

— Lo pensaré, respondió Camilo, que al parecer deseaba tanto pensarlo como ahorcarse.

— Si creyese que me querías tanto como yo te quiero á ti, continuó Colombán con una imperturbable gravedad, te amenazaría con la pérdida de mi amistad, si no elegias un estado, una ocupación cualquiera. Fray Domingo llama hombre malo al que no trabaja, y tiene razón.

— Está bien, dijo Camilo, mitad alegre, mitad seriamente: se elegirá tu estado, tu ocupación. Aparento no pensar en ello; pero en el fondo no pienso en otra cosa: así es que todas las noches al desnudarme me pregunto por qué causa misteriosa mis tirantes, que por la mañana están llanos, extendidos y rectos sobre mi espalda, están por la noche torcidos y enrollados como cables. Pues bien, querido amigo, esta observación me ha sugerido reflexiones profundas, y creo que sería una obra filantrópica inventar una mejora en la confección de los tirantes.

Colombán lanzó un suspiro.

— Veamos, veamos, Colombán, dijo Camilo; no suspiréis así por una broma. ¿Qué diablos reservas para cuando suceda una desgracia? Mañana me matriculo en la facultad de jurisprudencia, compro un código, y lo mando encuadernar en zapa (1) á fin de que sea un emblema del disgusto que te haya causado.

— ¡Camilo!; Camilo! dijo Colombán sacudiendo la cabeza, me desesperas, y temo que nunca llegues á ser un hombre.

Camilo vió que era preciso cambiar de conversación, so pena de que el diálogo fuese á parar á la melancolía.

— ¡Ah! temes que nunca llegue á ser un hombre, dijo: en todo caso, querido amigo, tu lavandera no tiene ese miedo.

Colombán miró á Camilo como un hombre á quien en medio de la conversación se le habla de repente una lengua desconocida.

— ¡Mi lavandera! dijo.

(1) *Chagrin* tiene en francés dos acepciones: zapa y disgusto, pesar, etc., y el autor se ha valido de ellas para escribir un equívoco intraducible.

29979

— ¡ Ah picaroncillo mio ! continuó Camilo, no me habías dicho que te lavabas las manos con ese jabón... ¡ Peste ! El señor doctor, el señor sabio, el señor San Jerónimo tiene una lavandera de diez y ocho años, á quien su belleza encantadora hace que se la llame por unanimidad la princesa de Vanves y la reina de la mitad de la Cuaresma. ¡ Llega su mejor amigo de las vírgenes florestas de la América con una exuberancia de savia sacada de las antedichas florestas, y el señorito falta á los primeros deberes de la hospitalidad, ocultando sus más preciosos tesoros ! ¡ Vientre de Judas ! como dice no sé qué personaje de Walter Scott, ¿ es así como comprendéis las reglas más elementales de la comunidad ? ¿ No hay una especie de traición en vuestra ocultación ?

— Amigo mio, respondió Colombán con una adorable ingenuidad, me creerás si quieres, pero conozco muy poco la figura de mi lavandera.

— ¿ Conoces muy poco la figura de tu lavandera ?

— Te lo juro.

— ¡ Entonces no merece la pena de tenerse una figura semejante, si en una práctica de tres años, un joven de veinticinco no ha de reparar en ella ! porque le he preguntado cuánto tiempo llevaba de ser vuestra lavandera, y me respondió : « Tres años. »

— ¡ Es posible ! dijo Colombán : ninguna razón tengo para cambiar de lavandera, cuando la que tengo lava bien.

— Y cuando es hermosa.

— Camilo, dijo Colombán, hay ciertas mujeres de cuya hermosura ó fealdad no me ocupo jamás.

— ¡ Hola, señor vizconde de Penhoel ! ¡ Aristócrata ! ¡ Bah !... ¿ Pero entonces Mr. de Beranger con su Liseta

es un escudero, un Camilo Rozán ? ¿ Quién era Liseta sino la lavandera de Mr. Beranger ? ¡ Ah ! es verdad que Mr. Beranger ha hecho una canción en que ha dicho que no es noble, sino al contrario, plebeyo y muy plebeyo : esto explica lo de Liseta, Fretillón, Suzón... ¡ Pero Mr. de Colombán de Penhoel... peste !

— ¿ Qué quieres, Camilo ? Así es.

Camilo levantó los brazos al cielo con una compasión cómica.

— ¿ Así es ? dijo ; cómo ! El Ser supremo se complace en colocar bajo tus ojos todas las maravillas de la belleza, encarnadas en una sola criatura, y tú, pagano, tú pretendes tener que hacer otra cosa más importante que contemplar esa obra maestra. ¡ Pero si el difunto Rafael hubiese hecho de la Fornarina el mismo desprecio que tú de la princesa de Vanves, no tendríamos la *Virgen sentada*, desgraciado ! ¿ Y quién era la Fornarina ? Una lavandera que lavaba su ropa en el Tiber. No digas que no ; porque me he informado en el puerto de la Ripetta.

— Pues bien, sea ; todo te lo concedo. Pero vamos al caso : dime ahora : ¿ cómo conoces á mi lavandera ? ¿ dónde la has visto ?

— ¡ Ah ! ¡ al fin llegamos adonde quería conducirte ! Las serpientes de los celos te desgarran el pecho ; ¿ no es verdad ?

— Estás loco, dijo Colombán encogiéndose de hombros.

— ¿ Me das palabra de que la hermosa princesa de Vanves no te interesa particularmente ?

— ¡ Oh ! te lo aseguro á fe de caballero.

— Así pues, hacer el amor á esa hada de las aguas, á esa náyade del Sena, ¿ no será cazar en tus sotos, atacar á tu propiedad ?

— No, y cien veces no.

— Pues bien : entonces óyeme atentamente ; principio :

— *Historia* del primer encuentro de Guillermo Félix Camilo de Rozán, criollo de Luisiana, con S. A. la señorita Canta-Lilas, princesa de Vanves, lavandera en dicho principado.

Ayer... Un novelista te diría : era una deslumbradora tarde del mes de Mayo ; pero este novelista te robaría engañándote, querido mío ; porque llovía de lo lindo como tú sabes, puesto que te habías llevado el paraguas ; razón por la que, vista la distancia á que se encontraban los fiacres, vehículo que sólo se encuentra en los países civilizados, no pude salir mientras tú estabas en tu cátedra de jurisprudencia. No me quejo de ello, puesto que esto hizo que durante tu ausencia tuviese el placer de recibir á tu lavandera, que llegó tan llena de agua como el vino del colegio... ¿ Recuerdas nuestra abundancia, eh ?... Pues bien, la princesa de Vanves estaba empapada como una sopa. En verdad que mi primer pensamiento al verla tan mojada fué (¡ admira mi filosofía !) fué comprar otro paraguas ; porque... (retén bien este axioma, Colombán,) porque tan inútiles son dos paraguas cuando hace buen tiempo, como insuficiente uno para dos cuando lo hace malo y cada cual va por su lado.

Pero esto es un detalle.

¡ La lavandera entró pues en tu arca, blanca paloma ! sólo que llegaba antes del diluvio ; de suerte que viendo desde tu habitación el tiempo que hacía fuera y la inundación, que como dice la Biblia, *ganaba los elevados cerros*, no le costó trabajo aceptar el ofrecimiento que le hice de que se estuviese quieta allí momentáneamente.

Veamos, Colombán, ¿ qué hubieras hecho en mi lugar ?... ¡ Vamos, habla francamente !

— ¡ Vamos, continúa tu relación, pillastre ! dijo el grave bretón, á quien la charlatanería de aquel pájaro burlón distraía á su pesar.

— Evidentemente, continuó Camilo, ó no te conozco bien, ó hubieras dejado que la levandera hubiese recibido toda el agua ; ó si hubieras sido bastante humano para ofrecerle tu techo, le hubieses vuelto la espalda, privándola así de los encantos de tu rostro, ó te hubieras puesto á leer, privándola así del encanto de tu conversación. Hé aquí lo que tú hubieras hecho, ¿ no es verdad ? ¡ bajo pretexto, señor hidalgo, de que hay mujeres que no lo son para vos ! Pero yo, yo no soy más que un salvaje ; así pues, he hecho lo que el indio en su wigwam, lo que el árabe en su tienda : he llenado minuciosamente todos los deberes de la hospitalidad. El primero de que creí deber ocuparme después de algunos ligeros discursos, fué hacerle quitar su pañoleta, atendido á que la punta de dicha pañoleta arroyaba en su espalda como la ballena de un paraguas ; sin esta precaución caritativa, la princesa de Vanves hubiera adquirido infaliblemente un violento reuma de pecho, de lo que me hubiera remordido amargamente la conciencia. ¡ Ah ! viendo estoy desde aquí el mal pensamiento que te *punza*, como dice maese Amiot.

— Pues bien, ninguna intención perversa tenía, y puedo decir como Hipólito : *¡ No estaba el día más puro que el fondo de mi corazón !* El verso no dice así, y me alegro, porque yo nunca he podido sufrir los versos... Era, te lo repito, por pura caridad ; y la prueba es, que temiendo por ella á causa del frío glacial que hacía en tu habitación, le presenté un pañuelo de seda que había sobre tu silla.

— ¡ Qué tal ! No hubiera hecho más Mr. Tartuff, ¿ no es verdad ?